

Ignacio del Río

*Estudios históricos sobre la formación del norte de México*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas

2009

170 p.

(Serie Historia Novohispana, 82)

Mapas y cuadros

ISBN 978-607-02-0437-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 20 de junio de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/estudios/nortemex.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, Ciudad de México

## LA NORTEAMÉRICA HISPÁNICA EN EL SIGLO XVI<sup>1</sup>

### *Introducción*

Desde el punto de vista geográfico, el ámbito al que vamos a referirnos aquí se corresponde más o menos con lo que la opinión común considera que es el subcontinente de Norteamérica. Es necesario precisar, sin embargo, que de ese ámbito quedará excluido lo que era el mundo mesoamericano. Dentro del marco cronológico del siglo XVI nos ocuparemos primero en reseñar los movimientos de avance hacia el septentrión americano que no cristalizaron en un inmediato y estable poblamiento, para después pasar a examinar lo que fue el desarrollo de los procesos de colonización. Con aquéllos, los contactos de los españoles con las tierras y los pueblos de Norteamérica fueron efímeros o marginales y, en tanto experiencias colectivas, trascendieron básicamente a través de los registros de los mismos españoles, lo que no significa que en cada situación particular de contacto interétnico no haya habido, junto a la experiencia española, una contraparte indígena. Las sociedades de origen europeo ya implantadas en suelo americano tuvieron obviamente otras formas de relación con el medio geográfico y con las sociedades autóctonas. Podemos decir que, con la colonización, la historia de los españoles en América se vuelve ya historia americana.

### *Descubrimiento de una frontera cultural*

La frontera entre los cultivadores mesoamericanos y los cazadores-recolectores de las partes septentrionales corría, como sabemos, de uno a otro océanos. De la región del río Pánuco, en la vertiente del golfo de México, descendía hacia el sur, para luego seguir aproximadamente por el curso del río Lerma-Santiago, prolongándose hacia el norte hasta la altura del río Sinaloa o Petatlán, que desemboca en el golfo

<sup>1</sup> Este trabajo fue publicado en *Provincias Internas* (revista del Centro Cultural Vito Alessio Robles de Saltillo, Coahuila), año III, n. 10, verano de 2003, p. 15-46.

de California. Empeñados desde el año de 1519 en la ocupación del mundo de alta cultura que ha sido llamado Mesoamérica, los españoles no tardaron en acceder por muy distintos puntos a esa larga línea de demarcación que arriba describimos, la que, en un principio por lo menos, hubo de obrar como una barrera que detuvo allí los movimientos de expansión colonial.

Recién erigida la Nueva España, gente subordinada a Hernán Cortés recogió en Michoacán la noticia de que los purépechas (llamados tarascos por los españoles) tenían por vecinos al otro lado del río Grande (o sea, el Lerma-Santiago) a unos indios a los que se daba el nombre de chichimecas, que no sembraban, que comían yerbas y cacerías, que se cubrían acaso con pieles cuando no andaban desnudos, y que no solían abandonar el arco y la flecha. Informado de tal cosa, el conquistador de México ordenó a sus hombres que pasaran a averiguar “el secreto de aquella provincia y gentes”. Mandó que se intentase poblar entre tales “bárbaros”, que se les conminase a vivir como los otros indios de la Nueva España y que, de resistirse a ello, se les tomase por esclavos para hacerlos trabajar en las minas.<sup>2</sup> No sabemos si fueron obedecidas de algún modo las órdenes de Cortés, pero sí que hubieron de pasar algunos años antes de que los españoles empezaran a poblar más allá del río Grande.

Fue común que las huestes de conquista que se adentraban en aquel mundo por completo ajeno a las prácticas de la agricultura se vieran obligadas a detener sus avances y a replegarse en tierras de cultivadores. De la fronteriza región del Pánuco, parte de la Huastecapan mesoamericana, salió en 1526 un numeroso grupo que, bajo el mando de Sancho de Zaniego, enderezó sus pasos hacia el río de Las Palmas (probablemente el Soto la Marina) con el propósito de emprender allí acciones de conquista. Al cabo de algunos meses, los expedicionarios fueron a dar nuevamente al Pánuco. Llegaron desprovistos de mantenimientos y desanimados, además, porque, según refiere el cronista Antonio de Herrera, en lugar de las “grandes riquezas” que pensaban encontrar, en un recorrido de “cuarenta leguas la tierra adentro” no habían hallado “poblado ni camino, y pocos indios, y aquéllos tan salvajes que no se sustentaban sino de cazas, comiendo las carnes crudas, y langostas, lagartijas y culebras y otras tales bascosidades”.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> *Quinta carta-relación de Hernán Cortés al emperador Carlos V, 1526*, en Hernán Cortés, *Cartas y documentos*, introd. de Mario Hernández Sánchez-Barba, México, Editorial Porrúa, 1963, p. 321.

<sup>3</sup> Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano*, 10 v., pról. de J. Natalicio González, Asunción-Buenos Aires, Editorial Guaranía, 1945-1947, v. V, p. 202.

Parecidas experiencias se tuvieron donde quiera que los españoles llegaron a trasponer aquella radical frontera cultural. Varias incursiones que resultaron aleccionadoras se efectuaron durante la expedición que, en demanda de las tierras de los “teúles chichimecas”, emprendió en 1529 Nuño de Guzmán, a la sazón presidente de la primera Audiencia de México. En Michoacán fueron advertidos los expedicionarios de los riesgos que correrían si persistían en internarse hacia el norte, donde, según informes que daban los purépechas, no había más que gente chichimeca y nada de lo que los españoles buscaban.<sup>4</sup> Más adelante, sin embargo, un grupo encabezado por Pedro Almúndez Chirinos llegó a introducirse en tierras de los guamares —una de las naciones chichimecas— y no pudo sino confirmar que, en efecto, se trataba de aborígenes que “vivían en ranchos movedizos y se sustentaban con caza de conejos, liebres y venados”, que andaban todos “en cueros, con el arco en la mano, y dormían donde les cogía la noche”.<sup>5</sup> No cabía, pues, la posibilidad de que los conquistadores se hicieran allí de alimentos, a más de que parecía imposible sujetar por medio de las armas a esos indios que no tenían asiento fijo. Casi pereció enteramente una partida de la expedición de Nuño de Guzmán que, desde San Miguel de Culiacán, se animó a cruzar la Sierra Madre Occidental rumbo a los territorios que hoy forman el estado de Durango. Los sobrevivientes de esta desastrosa empresa convencieron luego al jefe de la expedición de que no pasara con toda la gente hacia esas otras tierras porque de hambre “perecerían él y cuantos con él fuesen”.<sup>6</sup>

Es oportuno señalar que Nuño de Guzmán tuvo el propósito de extender sus conquistas de mar a mar, de modo tal que, al norte de la Nueva España, se formara una jurisdicción independiente del gobierno novohispano, que tuviera una frontera abierta a la expansión. Guzmán era ya gobernador del Pánuco y pensaba que ese distrito terminaría integrándose a la nueva y gran provincia que él pretendía fundar y gobernar. Quiso ese jefe conquistador que los territorios que iban quedando bajo su férula llevaran el desafiante nombre de Castilla la Nueva de la Mayor España; pero la decisión real fue que se nombrasen Nueva Galicia.<sup>7</sup> Y no se extendió la jurisdicción de mar a mar, sino que comprendió

<sup>4</sup> Antonio Tello, *Libro segundo de la crónica miscelánea en que se trata de la conquista espiritual y temporal de la santa Provincia de Xalisco*, introd. bibliográfica de José López-Portillo y Rojas, Guadalajara, Imprenta “La República Literaria” de Ciro L. de Guevara, 1891, p. 70-71.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 107-108.

<sup>6</sup> *Relación... escrita por el capitán Cristóbal Flores*, en José Luis Razo Zaragoza (ed.), *Crónicas de la conquista del reino de Nueva Galicia en territorio de la Nueva España*, Guadalajara, Instituto Jalisciense de Antropología e Historia, 1963, p. 207.

<sup>7</sup> Matías de la Mota Padilla, *Historia de la conquista del reino de la Nueva Galicia*, ed. de J. Ireneo Gutiérrez, Guadalajara, Gallardo y Álvarez del Castillo, 1920, p. 117.

en un principio tan sólo algunas regiones del occidente de México y de la franja costera del Pacífico. La fundación más septentrional hecha por la gente de Guzmán fue San Miguel de Culiacán. La capital de la Nueva Galicia fue Guadalajara.

Así como la expedición conquistadora de Nuño de Guzmán se vio obligada a mantenerse en tierras de cultivadores, así también la expansión colonial quedó por algún tiempo prácticamente detenida en los que habían sido los términos septentrionales de Mesoamérica. En los años que siguieron a la fundación de la Nueva Galicia se realizaron continuas entradas a los territorios de los chichimecas, pero las fronteras del mundo colonizado sólo llegaron a desplazarse en áreas muy localizadas, en lo que hoy son los estados de Michoacán, Guanajuato y Querétaro. Lo que hicieron allí los españoles fue ir ganando poco a poco las tierras inmediatas a la antigua frontera, con el apoyo de migrantes mesoamericanos.

#### *Avanzada hacia la tierra adentro*

Cerca de San Miguel de Culiacán fueron encontrados en 1536 tres españoles y un negro que venían del interior de la tierra. Vestidos a la usanza de los naturales, los cuatro sujetos estuvieron a punto de ser atacados por un grupo de vecinos de San Miguel que andaba en busca de indios para cautivarlos y someterlos a trabajos forzados. Luego que, puestos de rodillas y dando voces en castellano, los españoles y el negro lograron contener el ataque, pudieron al fin explicar que eran sobrevivientes de una expedición que, ocho años antes, habían hecho con Pánfilo de Narváez a la Florida.<sup>8</sup> A lo largo de esos años habían atravesado el continente con la esperanza de llegar a alguno de los puestos de los españoles.

La prolongada aventura de aquellos cuatro hombres —que eran Álvar Núñez Cabeza de Vaca, Andrés Dorantes, Bernardino del Castillo Maldonado y el negro Estebanico—, cuyos pormenores tendrían luego una amplia difusión,<sup>9</sup> tuvo el pronto efecto de estimular el interés por las tierras de que dieron noticia los caminantes, tanto más cuanto que éstos decían que tierra adentro había indios que cultivaban la tierra y vivían en pueblos. No faltaron entonces voluntarios que se ofrecieran a

<sup>8</sup> Andrés Pérez de Ribas, *Historia de los triunfos de nuestra santa fe entre gentes las más fieras y bárbaras del Nuevo Orbe*, 3 v., México, Editorial Layac, 1944, v. I, p. 147-149.

<sup>9</sup> Un testimonio muy difundido fue la relación escrita por Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Relación de los naufragios y comentarios*, 2 v., Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1906, v. I, p. 3-144.

hacer un más cabal descubrimiento del mundo interno del septentrión, al que se imaginó ya ciertamente promisorio.

Uno de esos primeros voluntarios fue fray Marcos de Niza, franciscano que había andado en el Perú y que consiguió autorización del virrey Antonio de Mendoza para encabezar una expedición de descubrimiento, la que en ese acordado propósito salió de San Miguel de Culiacán el año de 1539. No viene al caso detallar las incidencias del recorrido de esta gente; diremos solamente que los expedicionarios lograron penetrar hasta los territorios habitados por los indios que luego serían conocidos con el nombre de indios pueblos. Población agricultora y que, en consecuencia, tenía un modo de vida radicalmente distinto respecto del de los chichimecas del norte central de México, en ella creyó ver fray Marcos claros indicios de opulencia. El contacto con estos pueblos fue marginal y el fraile más bien obtuvo de oídas las noticias que luego propaló. En la relación de su viaje dijo haberse asegurado de que existía una ciudad llamada Cíbola, mayor que la propia ciudad de México y primera de una serie de siete ciudades semejantes, cuyas casas principales tenían en las portadas “muchas labores de piedras turquesas”, pues, decía el imaginativo viajero, en la región había abundancia de pedrería fina, lo mismo que de oro, con el que, según él, los indios fabricaban “vasijas y joyas”.<sup>10</sup>

Conocidos tales informes por el virrey Mendoza se propuso éste mandar una nueva y más nutrida expedición, la que quedaría al mando del gobernador de Nueva Galicia, Francisco Vázquez de Coronado. El propósito fue ya el de poblar donde se hiciese conveniente. Más de trescientos españoles y otros cientos de indios auxiliares compusieron la expedición, la que inició su marcha el año de 1540. Para facilitar su abastecimiento se envió por el Mar del Sur una flota capitaneada por Hernando de Alarcón.<sup>11</sup>

Sin haber logrado entrar en contacto con la expedición marítima, el contingente de Vázquez de Coronado se internó a la provincia que había visitado fray Marcos de Niza. Al llegar a ella, los expedicionarios advirtieron que la gente que poblaba la provincia, si bien cultivaba la tierra, se vestía con mantas de algodón y vivía concentrada en aldeas, no se hallaba en ostensible posesión de riquezas minerales. Las grandes urbes jamás se vieron aparecer, aun cuando el grupo cruzó

<sup>10</sup> *Descubrimiento de las siete ciudades por el padre fray Marcos de Niza, 1539*, en J. F. Pacheco et al. (eds.), *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas en América y Oceanía...* (esta obra se citará en adelante como *CDID*), 42 v., Madrid, 1864-1884, v. III, p. 333 y 349.

<sup>11</sup> Alarcón entró por el golfo de California y llegó hasta la desembocadura del río Colorado; algunos de sus hombres se introdujeron por el río hasta la parte del Gran Cañón.

la provincia toda siguiendo el curso del río que la bañaba, al que los indios llamaban Tíguex. Por lo que parecieron indicar unos nativos, los españoles llegaron a concebir la idea de que más adentro existía un populoso y rico país que tenía el supuesto nombre de Quivira. Con el afán de descubrirlo, el grupo prosiguió su marcha por largos días hasta llegar al río Arkansas. Pudo comprobarse entonces que Quivira no era sino un territorio poblado por gente que se dedicaba a la cacería de bisontes, que no sabía nada de metales preciosos y que ni siquiera sembraba la tierra.

Totalmente desencantados, Vázquez de Coronado y sus hombres volvieron a los valles del Tíguex. Desde allí, el jefe de la expedición escribió al rey para darle cuenta de todo lo acontecido y hacerle ver que ni aun esa región de agricultores era susceptible de un poblamiento español “por ser tierra lejana al mar y muy fría”.<sup>12</sup> A estos señalados inconvenientes se añadía entonces el hecho de que había muerto ya la mayor parte del grupo expedicionario. En 1542, los fracasados pobladores de Cíbola y Quivira emprendieron el viaje de regreso a la Nueva España, a excepción de unos frailes franciscanos que decidieron quedarse a evangelizar y de cuyo destino no se llegó a saber.<sup>13</sup>

### *Los frentes oceánicos*

Otras rutas de avance hacia Norteamérica fueron establecidas por los españoles a través de los océanos. De las Antillas, concretamente de la isla de San Juan (Puerto Rico), partió la primera expedición que llegó a tierras de la Florida. Se realizó en 1512 y fue encabezada por Juan Ponce de León, quien se había propuesto descubrir y poblar una isla de incierta existencia llamada Bimini, a donde, según las palabras de López de Gómara, los expedicionarios iban a buscar “la fuente que tornaba mozos a los viejos”.<sup>14</sup> Llegó esta gente a las tierras de la Florida, que supusieron que era una isla de gran tamaño, pero no lograron quedarse allí a poblar y tuvieron que regresar a San Juan. Con todo, gracias a este viaje pionero desde entonces quedó abierta una ruta para ulteriores movimientos de expansión.

A lo largo de la franja costera que va de la región del Pánuco a la península de la Florida se hicieron luego sucesivos viajes de explora-

<sup>12</sup> Carta de Francisco Vázquez de Coronado al emperador..., 1541, en CDID, v. III, p. 368.

<sup>13</sup> Sobre esta expedición, *vid.* Herbert E. Bolton, *Coronado on the Turquoise Trail. Knight of Pueblos and Plains*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1949, 492 p.

<sup>14</sup> Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias y Vida de Hernán Cortés*, pról. de Jorge Gurría Lacroix, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, p. 65.

ción e intentos de poblamiento. Al gobernador de la isla de Jamaica, Francisco de Garay, bajo cuyos auspicios se hizo en 1519 una expedición marítima —la de Alonso Álvarez de Pineda— que reconoció la continuidad de las costas del norte del golfo de México, se le encomendó en 1521 la conquista de una provincia mencionada como de Amichel, a la que vagamente se situaba entre el Pánuco y el río de Las Palmas. No se intentó siquiera llevar a efecto esa conquista. Al trasladarse al continente en el año de 1523, Garay se empeñó más bien en hacer una fundación en el Pánuco mismo, la “Victoria Garayana”, lo que suscitó desde luego la enérgica oposición de Hernán Cortés y pronto quedó extinguida.

Reconocida desde 1519 como parte del macizo continental, la Florida, bastante apartada de la Nueva España y relativamente próxima a las Antillas Mayores, se mantuvo como un posible objetivo de la expansión colonial, no obstante que la experiencia fue mostrando que la navegación costera se tornaba allí más difícil que en otras partes del litoral del golfo y que, en los territorios que se extendían de la península hacia el poniente, la vegetación era sumamente espesa y abundaban los pantanos. Estas adversas condiciones, así como la tenaz resistencia de la población autóctona —iniciada en las prácticas agrícolas, pero predominantemente constituida en pequeñas y dispersas unidades sociales—, ocasionaron el precipitado retiro de las expediciones que, en los años de 1520 y 1526, emprendió Lucas Vázquez de Ayllón, y de la que, en un segundo intento suyo de colonización, condujo en 1521 el buscador de la fuente rejuvenecedora, Juan Ponce de León.

Pero el desastre más completo hubo de sufrirlo la expedición que organizó en 1527 Pánfilo de Narváez y con la que el año siguiente pasó a la Florida. Desembarcaron esa vez unos trescientos hombres, que luego perdieron contacto con sus naves y que, obligados a avanzar por zonas pantanosas, acometidos continuamente por grupos indígenas, castigados además por las enfermedades, el hambre y el frío, terminaron casi todos por sucumbir. Se llegó a dar el caso, digno de ser mencionado como un ejemplo de lo que fue esa trágica experiencia, de que cinco españoles extraviados se vieran en tal forma estrechados por el hambre, que, según lo asentó en una relación suya Álvar Núñez Cabeza de Vaca, “se comieron unos a otros hasta quedar uno, que no hubo quien lo comiese”.<sup>15</sup> De ese grupo expedicionario sólo sobrevivieron a la postre los cuatro hombres de que ya hicimos mención y que en 1536 fueron a dar a San Miguel de Culiacán.

<sup>15</sup> *Relación del viaje de Pánfilo de Narváez... hecha por el tesorero [Álvar Núñez] Cabeza de Vaca*, en *CDID*, v. XIV, p. 276.

De todas las expediciones que se hicieron a la Florida en la primera mitad del siglo XVI, la de Hernando de Soto fue la que logró hacer un más extenso reconocimiento de la región, aunque tampoco pobló. Los más de seiscientos hombres que la formaron penetraron en 1539 por la bahía de Tampa, la mejor proporcionada del litoral. Avanzaron de la Florida hacia el oeste, no nada más por la zona costera sino también por tierra adentro. Lejos de procurar establecerse de fijo en algún lugar, fueron siempre adelante en manifiesta demanda de metales preciosos. Se alternaron durante la marcha los contactos, pacíficos y violentos, con la población nativa y fue inevitable así que, al paso del tiempo, el grupo expedicionario quedara bastante disminuido en número, sin que, por lo demás, los constantes riesgos y fatigas se vieran compensados con el hallazgo de los metales que afanosamente se buscaban. Prolongada tal situación, la gente empezó a manifestar deseos de abandonar la tierra y más decididamente lo hizo luego que, habiendo llegado ya al río Misisipi, acaeció la muerte del jefe de la empresa. Reembarcados los hombres que quedaban, en 1543 aportaron finalmente en el Pánuco.<sup>16</sup> Aunque había un interés oficial por orientar la expansión colonial hacia las partes septentrionales del continente, el fracaso de la expedición de Hernando de Soto hizo que por algún tiempo quedara suspendido el programa de la ocupación de la Florida.

Por el Mar del Sur, el Pacífico, se empezó a abrir, también desde la primera mitad del siglo XVI, el otro frente de contacto con Norteamérica. El promotor de las primeras expediciones marítimas que tocaron las costas noroccidentales del continente fue Hernán Cortés, quien ya en el año de 1522 hacía construir en Tehuantepec las embarcaciones que le servirían para iniciar la exploración del Mar del Sur. Interesaba al conquistador de México averiguar si por el norte del continente existía un paso que uniera las aguas de los dos océanos, y buscar, además, las tierras insulares que se hallasen mar adentro, entre ellas una isla supuestamente llamada Cihuatlán, que se tenía por residencia exclusiva de mujeres.<sup>17</sup> Tuvo Cortés la convicción de que estaba llamado a realizar una significativa conquista extracontinental y así se lo comunicó en 1524 al emperador Carlos V, al que le anunció que, una vez que se lograra la expansión oceánica, quedaría convertido ni más ni menos que “en monarca del mundo”.<sup>18</sup>

<sup>16</sup> Vid. Theodore Irving, *The Conquest of Florida by Hernando de Soto*, New York, Kraus Reprint, 1971, 458 p.

<sup>17</sup> Cuarta carta-relación de Hernán Cortés al emperador Carlos V, 1524, en H. Cortés, *Cartas y documentos*, p. 213.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 229.

En barcos de Cortés fueron descubiertas algunas islas menores —las Marías, frente a las costas de Colima, y las de Santo Tomás (hoy islas de Revillagigedo)—, pero también llegaron a alcanzarse las costas de la península de California. Se creyó en un principio, respecto de ésta, que se trataba de una inmensa isla, rica al parecer, puesto que en ella se habían hallado placeres perleros. Enterado del hallazgo, Cortés decidió pasar él mismo a la tierra descubierta, a fin de poblarla y emprender su conquista. Preparó una flota, reunió un buen número de presuntos pobladores, se abasteció de cuanto estimó necesario y el año de 1535 pasó a la recién descubierta “isla de las Perlas”. Ya en su destino se estableció con su gente en la bahía de la Santa Cruz (hoy de La Paz).

La colonia formada por Cortés en tierras californianas tuvo una efímera existencia. Subsistió como una especie de enclave que en todo momento tuvo que ser sostenido con víveres llevados desde el exterior. Dado que los nativos eran cazadores-recolectores, de ellos no pudieron obtener los colonos recursos de mantenimiento, como tampoco se llegaron a obtener éstos de la tierra, que, por su aridez, era poco propicia para los cultivos agrícolas.

Se dispuso en un principio de los víveres que se llevaban en las naves, pero fue necesario que, para asegurar el reabastecimiento, se hicieran viajes a la contracosta continental. La empresa fue resultando así cada vez más costosa, sin que las perlas rescatadas bastaran para recuperar la inversión ni hubiera perspectiva alguna de explotar otros recursos naturales susceptibles de ser introducidos en los mercados externos. Aun cuando no llegó a suspenderse el apoyo financiero, el poblamiento mismo tendió a debilitarse irremediamente por la falta de incentivos económicos y el hecho de que los colonos quedaban a menudo desabastecidos a tal punto que algunos llegaron a morir de inanición. Así las cosas, a menos de un año de haberse fundado la colonia llegó a su término.<sup>19</sup>

Ya no con fines de poblamiento, sino para que se reconocieran los litorales californianos, otras dos expediciones fueron despachadas en los años siguientes. Una de ellas, puesta a las órdenes de Francisco de Ulloa, pudo observar en 1539 que California se conectaba con el macizo continental; la otra, dirigida por Juan Rodríguez Cabrillo, navegó por el litoral del Pacífico hasta alcanzar, en 1543, el cabo Mendocino, localizado al norte del actual puerto de San Francisco, California.<sup>20</sup>

<sup>19</sup> Vid. Luis González Rodríguez, “Hernán Cortés, la Mar del Sur y el descubrimiento de Baja California”, en *Anuario de Estudios Americanos*, t. XLII, p. 573-644.

<sup>20</sup> Sobre este proceso de exploración marítima, vid. Álvaro del Portillo y Díez de Sollano, *Descubrimientos y exploraciones en las costas de California*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, 1947, 542 p.

### *El surgimiento del norte minero*

La presencia de españoles en las zonas fronterizas de Mesoamérica alteró las condiciones de equilibrio que venían determinando la localización geográfica de la frontera entre pueblos cultivadores y cazadores-recolectores y le daban a ésta su estabilidad relativa. Esa presencia no pudo sino dar origen a fenómenos de expansión. Con el dominio español y las transformaciones socioeconómicas que empezaron a producirse en esas zonas terminales del mundo mesoamericano hubieron de desarrollarse fuerzas que movieron a la gente que iba asentándose en la zona de frontera a internarse en el mundo de los cazadores-recolectores y a ocupar nuevos territorios, sobre todo los que eran susceptibles de ser aprovechados para la agricultura y la ganadería. La presión se ejerció no sólo sobre los espacios que eran “tierra de nadie”, sino también sobre los territorios que constituían el hábitat de las bandas vecinas.

Es obvio que este proceso de penetración, localizado en un principio en la parte fronteriza de Michoacán, el sur de Guanajuato y la región otomí, habría de violentar a los cazadores-recolectores. La paulatina expansión territorial hubo de provocar una permanente confrontación bélica, aun cuando no respondiera esencialmente a propósitos de conquista.

Señalados caudillos de esta inicial movilización expansiva hacia el mundo de los cazadores-recolectores fueron, por la cuarta y quinta décadas del siglo, varios encomenderos establecidos en Michoacán y Jilotepec, como Hernán Pérez de Bocanegra, Juan Infante, Juan de Villaseñor y Juan Jaramillo, quienes, con el auxilio de sus propios encomendados, se fueron introduciendo en tierras chichimecas para luego defender militarmente las zonas de ocupación.<sup>21</sup> Es importante observar que la expansión territorial no implicó allí una correlativa expansión del régimen de encomiendas. Más allá de la antigua línea fronteriza, los españoles se posesionaban de tierras, no se erigían en señores de indios, puesto que a ello se oponían las circunstancias históricas en que actuaban, particularmente la constituida por la realidad cultural del mundo interferido. Como debió ocurrir en toda América, en estos nuevos espacios coloniales el factor autóctono no sólo condicionó las modalidades de la penetración, sino que también influyó directa o indirectamente en los procesos formativos de los complejos sociales emergentes. Para mencionar un hecho ilustrativo diremos que, al margen de los españo-

<sup>21</sup> Philip W[ayne]. Powell, *La Guerra Chichimeca (1550-1600)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977, 310 p.

les, también tuvieron entonces ocasión de expandirse por los rumbos fronterizos algunos indios mesoamericanos, como, por ejemplo, los que poblaron inicialmente Acámbaro y Querétaro.<sup>22</sup>

Mientras se daba este lento y escalonado avance que venimos describiendo, no dejaban de hacerse entradas más profundas, en general de poca duración, hacia el interior de los territorios de los chichimecas. Algunas las hicieron religiosos que iban en busca de posibles catecúmenos; otras tenían por objeto buscar metales. Y ocurrió en 1546 que un grupo llevado por el vasco Juan de Tolosa encontró plata en el cerro que desde entonces se llamó La Bufa, localizado en tierras de los indios zacatecas. Varios hombres ricos de Nueva Galicia, entre ellos Cristóbal de Oñate y Diego de Ibarra, también vascos, se unieron a Tolosa para iniciar la explotación de los yacimientos encontrados. Fundado el real de minas que recibió el nombre de Zacatecas, el sitio se convirtió casi inmediatamente en un polo de atracción de nuevos pobladores. Se multiplicaron las prospecciones y los hallazgos de minerales y para 1550 ya operaban en el lugar treinta y cuatro empresas mineras, empezaba a realizarse un activo comercio y se nombraban los primeros oficiales reales que habrían de ver por los intereses de la Corona española.<sup>23</sup> Sustentado básicamente en la explotación minera, el poblado creció con consistencia, de tal modo que, algunas décadas más tarde, Zacatecas quedaría convertida, por sus proporciones e importancia, en la segunda ciudad de la Nueva España.<sup>24</sup>

Si originariamente los avances se dieron por la periferia de esa vasta extensión del norte de México habitada por cazadores-recolectores —a la que se empezó a aludir como la “Gran Chichimeca”—, con la fundación de Zacatecas el proceso de la expansión colonial adquirió nuevas características. La ocupación del suelo dejó de tener continuidad espacial y, además, ya no estuvo circunscrita a las regiones potencialmente agrícolas o ganaderas. Un elemento le proporcionó una base para su desarrollo: la plata, que, así como ocurrió en Zacatecas, fue en otras partes del norte novohispano “piedra imán del español”, como diría un cronista.<sup>25</sup> Zacatecas se convirtió en foco de irradiación de nuevos movimientos expansivos y no pasó mucho tiempo sin que

<sup>22</sup> Vid. Wigberto Jiménez Moreno, *Estudios de historia colonial*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1958, p. 63-92 y 95-98.

<sup>23</sup> Arthur Scott Aiton, *Antonio de Mendoza, First Viceroy of New Spain*, Durham, N. C., Duke University Press, 1927, p. 184-185.

<sup>24</sup> Sobre el desarrollo de Zacatecas, *vid.* P[eter]. J. Bakewell, *Minería y sociedad en el México colonial. Zacatecas (1546-1700)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976, 390 p.

<sup>25</sup> Alonso de la Mota y Escobar, *Descripción geográfica de los reinos de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Nuevo León*, introd. de Joaquín Ramírez Cabañas, 2a. ed., México, Robredo, 1948, p. 209.

surgieran otros reales de minas, tanto en los territorios relativamente próximos a aquella precursora fundación minera como en sitios crecientemente alejados de ella. Fresnillo, Sombrerete, Chalchihuites, San Martín, Avino, Nieves, Ranchos, Mazapil, Indee, San Bartolomé y Santa Bárbara fueron algunos de los reales norteños formados antes de 1570. El distrito zacatecano quedó integrado a la Nueva Galicia. Al norte de él hubo de constituirse en 1562 una nueva y extensa entidad político-administrativa, el reino de la Nueva Vizcaya, con capital en Durango. Su fundador y primer gobernador fue el vasco Francisco de Ibarra, sobrino de uno de los enriquecidos mineros de Zacatecas.<sup>26</sup>

La explotación de la plata fue la actividad que vertebró la economía norteña. Era ella la que motivaba los movimientos de expansión y a ella tendían a dedicarse casi todos los pobladores de origen español, poco atraídos en un principio por las actividades agrícolas y ganaderas. Sin embargo de esto, el propio desarrollo de la minería requirió y propició el de esas otras áreas básicas de la producción. Era necesario abastecer los poblados con bienes de consumo inmediato que, por no haberlos previamente en toda la región, debieron llevarse de fuera, principalmente de El Bajío. Se encarecían así los precios de los alimentos, al punto de que en las minas de San Martín, por ejemplo, la fanega de maíz llegó a costar 48 reales,<sup>27</sup> o sea, ocho pesos, cuando en el centro o el occidente de México se cotizaba la misma a dos pesos o menos. Tal fenómeno de encarecimiento hizo que la desdenada agricultura se volviera redituable y empezara a practicarse en ciertas localidades, entre las que pueden mencionarse Jerez de la Frontera, Durango y el Valle de San Bartolomé. La ganadería tuvo una expansión más rápida que la agricultura, pues grandes eran las extensiones territoriales en que pudo desarrollarse. A principios de la década de los años setenta se obtenían en la Gran Chichimeca, por concepto de diezmos, alrededor de 14 000 becerros por año,<sup>28</sup> lo que quiere decir que ya había por lo menos unas 150 000 reses.

Originadora de prosperidades personales, la minería del norte novohispano fue también significativa para el sistema económico del Imperio y, desde luego, para el fisco. Por ello, la monarquía y, en ge-

<sup>26</sup> Vid. J. Lloyd Mecham, *Francisco de Ibarra and Nueva Vizcaya*, Durham, N. C., Duke University Press, 1927, X-266 p.

<sup>27</sup> *Relación de los descubrimientos, conquistas y poblaciones hechos por el gobernador Francisco de Ibarra*, en CDID, v. XIV, p. 474.

<sup>28</sup> Gil González D'Ávila, "Guerra de los Chichimecas", en *Anales del Museo Nacional de México*, México, segunda época, t. I, 1903, p. 186. Aunque en esta edición Gil González D'Ávila aparece como autor del texto citado es bien sabido que el verdadero autor fue Gonzalo de las Casas.

neral, la alta burocracia del virreinato la protegieron y procuraron impulsarla.

### *Corrientes novohispanas de colonización*

La colonización del norte central de México, que tuvo su momento de arranque a mediados del siglo XVI, fue un proceso continuo que, por lo menos durante siglo y medio, se nutrió de migrantes que procedían principalmente de las provincias del centro y el occidente de la Nueva España, aunque también se desplazó hacia allá gente de más al sur. Desde su inicio fue una colonización multiétnica. Los españoles obraron como promotores y dirigentes de ella, pero constituyeron un sector minoritario de la población colonizadora. Participaron en la minería, el comercio y, en menor grado, en las actividades agrícolas y ganaderas. Algunos pasaron a las nuevas poblaciones norteañas como funcionarios y no faltó la presencia de un número creciente de religiosos.

Si buena parte de los inmigrantes españoles iba con la expectativa de hacer fortuna con la minería, no todos tuvieron la misma posibilidad de enriquecimiento. Entraron mineros ya avezados y otros que eran bisoños en el oficio, y así como algunos contaban ya desde antes con recursos de financiamiento —cual fue el caso de los hombres que patrocinaron la fundación de Zacatecas—, los más carecieron de caudal propio y debieron buscar el amparo de las personas con mayor solvencia económica.

Varios mineros ricos de Zacatecas y de la Nueva Vizcaya emparentaron con familias también pudientes y, en algunos casos, linajudas. Diego de Ibarra, por ejemplo, casó con una hija del virrey Luis de Velasco; a su vez, el descubridor de las minas de Zacatecas, Juan de Tolosa, hizo lo propio con una hija de Hernán Cortés y nieta de Moctezuma.<sup>29</sup> En contraste con esta especie de aristocracia de origen empresarial hubo también entre los pobladores del norte españoles asalariados —administradores de minas, mayordomos, empleados de comercio— y una porción de mineros pobres. Cabe hacer notar que el componente español de la sociedad colonial norteaña pronto dejaría de ser predominantemente peninsular. Poco más de medio siglo después de la fundación de Zacatecas había en esta ciudad unos 1 500 españoles, “casi todos criollos”.<sup>30</sup>

<sup>29</sup> Sobre estos puntos, *vid.* José Ignacio Dávila Garibi, *La sociedad de Zacatecas en los albores del régimen colonial...*, México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, 1939, 132 p.

<sup>30</sup> *Relación de Nuestra Señora de los Zacatecas...*, 1608, en *CDID*, v. IX, p. 185.

El grueso de los nuevos pobladores del norte estuvo formado por indios de origen mesoamericano. En ocasiones acudieron éstos como milicianos auxiliares, lo que les significó luego algunos privilegios. Caciques indígenas de pueblos de Mesoamérica que, por combatir a los chichimecas y defender los puestos de frontera, obtuvieron algunas prerrogativas propias de los españoles fueron, entre otros, Juan Bautista Valerio de la Cruz, Juan de Austria, Diego Atexcóhuatl, Antonio de Luna, Diego de Tapia y Hernando de Tapia.<sup>31</sup> Sabemos también que, desde los primeros años, hubo mercaderes indígenas que traficaban sobre todo con productos agrícolas y artesanales obtenidos en sus pueblos de origen, comercio paralelo al de los españoles y en cierto sentido autónomo. Pero el flujo mayor y más significativo fue el de los indios mesoamericanos que se incorporaron a la sociedad colonial nortea en calidad de trabajadores libres asalariados.

Comprobable es el hecho de que la mayor parte de la fuerza de trabajo empleada en las minas del norte la aportaron estos indios “laboríos” o “naboríos”, como eran llamados.<sup>32</sup> Los había ya en Zacatecas en 1550<sup>33</sup> y los hubo luego en todos los reales mineros que por entonces se fueron fundando, según se consigna en un documento de 1572, en el que también se dice que aquellos “naturales venedizos” o “forasteros” llegaban a trabajar a los poblados o se iban de ellos buscando siempre “sus intereses”,<sup>34</sup> de donde se colige que empezaba a desarrollarse en la región un activo mercado de trabajo.

El paso hacia el norte minero implicó, pues, para los indios mesoamericanos un importante cambio en su condición laboral. Había demanda de trabajadores en las minas, pero tal circunstancia no basta para explicar el fenómeno socioeconómico que señalamos. En la parte mesoamericana de la Nueva España prevalecían a la sazón los sistemas compulsivos de trabajo —como la encomienda y el repartimiento o coatéquitl, llamado también mita— y la manera como los empresarios mineros del norte podían reclutar trabajadores sin que a ello pudieran oponerse los encomenderos o los beneficiarios del repartimiento era haciendo que los indios fueran a las minas por su voluntad y bajo el incentivo de un salario relativamente alto.<sup>35</sup>

<sup>31</sup> P. W. Powell, *La Guerra Chichimeca...*, p. 84.

<sup>32</sup> Parece ser que originariamente se llamaba “laboríos” a los trabajadores del campo o de las minas y “naboríos” a los trabajadores domésticos; luego, esas denominaciones se utilizaron indistintamente.

<sup>33</sup> A. S. Aiton, *Antonio de Mendoza...*, p. 184.

<sup>34</sup> Citado por Robert C. West, *The Mining Community in Northern New Spain. The Parral Mining District*, Berkeley-Los Angeles, University of California Press, 1949, p. 117, nota 5.

<sup>35</sup> Vid. Ignacio del Río, “Sobre la aparición y desarrollo del trabajo libre asalariado en el norte de Nueva España”, en Elsa Cecilia Frost *et al.* (eds.), *El trabajo y los trabajadores en la*

Al norte fueron llevados negros esclavos y, por su cuenta, pasaron también mestizos, unos y otros en proporción menor respecto de la de los indios. Sería difícil hacer una fundada valoración cuantitativa del conjunto de inmigrantes, sobre todo en lo tocante a estos primeros tiempos de la colonización, pero podemos decir que, con la excepción de Zacatecas, los poblados fueron en general pequeños, aunque dispersos en una gran extensión geográfica. Una red caminera de múltiples vías unía entre sí los distintos centros de población y éstos con las áreas nucleares de la Nueva España.<sup>36</sup> Se trató, en suma, de poblaciones aisladas, precarias a veces, muy distantes unas de otras e incrustadas todas en el mundo de los cazadores-recolectores. De hecho, con la expansión colonial hacia el norte central la frontera que había separado a los pueblos cultivadores de los que no lo eran se volvió difusa e inestable. En otras palabras, toda la extensión de la Gran Chichimeca adquirió el carácter de zona de frontera.

### *Confrontación de sociedades y culturas*

En el seno mismo de la sociedad que se fue implantando en el norte fronterizo de la Nueva España se produjeron confrontaciones culturales que incidieron en los procesos de estructuración de aquella sociedad. No vamos a considerarlas aquí, entre otras razones porque fueron fenómenos de larga duración cuyo seguimiento nos llevaría a rebasar los límites cronológicos de este artículo. Basten por ahora los señalamientos hechos relativos a la originaria diversidad étnica de dicha sociedad y a las formas en que los distintos grupos inmigrantes empezaron a relacionarse entre sí. Es pertinente, en cambio, que hagamos referencia a una confrontación más ostensible y radical que tuvo también por escenario aquel primer espacio de Norteamérica incorporado al mundo colonial: la que se dio entre el conjunto de los inmigrantes y los antiguos pobladores de la región.

El establecimiento de colonos al norte de los límites de Mesoamérica fue un hecho que por sí mismo implicó una alteración del espacio al que estaban vinculadas las bandas de cazadores-recolectores, cuyos recorridos, determinados por los ciclos anuales de la naturaleza, se efectuaban en territorios tanto más amplios cuanto menor era la disponibilidad de recursos naturales. Siendo el norte central de México en

*historia de México*, México, El Colegio de México/University of Arizona Press, 1979, p. 92-111 [N. del Ed.: este trabajo está incluido en el presente volumen].

<sup>36</sup> Vid. P. W. Powell, *La Guerra Chichimeca...*, p. 32-46.

buena parte desértico o semidesértico, relativamente alto era el grado de dispersión de esta población aborigen. Podemos suponer que la distribución territorial era más o menos estable, aun cuando otra haya sido la impresión que tuvieron los observadores españoles de la época. Para estas bandas, la exclusividad en el aprovechamiento de los recursos naturales de un determinado territorio era de importancia vital precisamente porque permitía mantener el equilibrio entre los recursos de la cultura y los del medio natural. Es, por lo tanto, explicable que los cazadores-recolectores reaccionaran con violencia ante una intrusión extraña y que un creciente número de ellos se pusiera en pie de guerra cuando los colonizadores se esparcieron por la región, la poblaron en algunos sitios, la transitaron con recuas y trenes de carretas y fueron introduciendo en ella miles de cabezas de ganado.

Los chichimecas podían admitir el contacto inicial en términos de paz mientras no se los amenazara o agrediera, y tal parece, como se afirma en un testimonio de aquel tiempo, que algunos grupos “a los principios se mostraron conversables a los españoles y se llegaron a ellos”;<sup>37</sup> pero la situación era potencialmente conflictiva y no tardaron en empezar a producirse reacciones violentas. En unos cuantos años, los asaltos de las bandas nómadas fueron un hecho cotidiano lo mismo en Querétaro y San Miguel el Grande que en los últimos establecimientos del norte. La respuesta necesaria fue la defensa militar de la colonización.

Una guerra episódica pero continua era la que se libraba ya en una extensa porción de la Gran Chichimeca hacia la década de los años cincuenta. Si, como hemos dicho, había en el fondo del conflicto una competencia por el espacio, en la medida en que la guerra se desarrolló fue cobrando una dinámica propia. Las bandas tendieron a hacerse depredadoras, mientras que los colonos pasaron de las tácticas puramente defensivas a las de ofensa y punición. Durante algún tiempo, las milicias de los colonizadores no procuraron otra cosa que exterminar a sus enemigos; pero luego las campañas se orientaron más bien a cautivar indios para hacerlos trabajar en las minas. La introducción de esta práctica esclavista, que resultaba también fatal para los cazadores-recolectores, no hizo sino atizar la guerra.<sup>38</sup>

Tuvo, pues, la confrontación esta vertiente de enfrentamiento directo, bélico, de irreductible oposición y de efectos aniquilantes. Pero también se dieron otras experiencias de contacto con las que, si no

<sup>37</sup> G. González D'Ávila [Gonzalo de las Casas], “Guerra de los Chichimecas”, p. 185.

<sup>38</sup> Vid. Silvio Zavala, *Los esclavos indios en Nueva España*, México, El Colegio Nacional, 1967, p. 179 y siguientes.

quedaba conjurado por entero el riesgo de la violencia, tendía al menos a prolongarse la tregua inicial.

En estas experiencias participaron los religiosos franciscanos que actuaron en la región y que buscaron por sí mismos, apartándose de las áreas colonizadas, entrar en relación con los aborígenes para tratar de evangelizarlos. Procuraban introducirse en territorios desconocidos donde pudieran hallar indios que no estuvieran ya implicados en la guerra, como en varias ocasiones lo hizo fray Gerónimo de Mendoza, quien se hacía acompañar nada más por un hombre armado y un auxiliar indio.<sup>39</sup> La táctica consistía en acercarse a los nativos, ofrecerles baratijas y maíz, quedarse entre ellos —siempre en parajes que estuvieran bien proporcionados para los cultivos agrícolas—, iniciar pequeñas siembras y, poco a poco, enseñar a los indios a hacerlas.<sup>40</sup> De este modo podían conseguir el paulatino asentamiento de los nómadas y emprender su primaria evangelización. El ya mencionado fray Gerónimo de Mendoza, fray Jacinto de San Francisco, fray Diego de la Cadena y fray Pedro de Espinareda fueron algunos de estos religiosos que, con los procedimientos arriba descritos, se aplicaron a fundar esos establecimientos inicialmente marginales que se llamarían misiones. De todas formas, por su extinción o por esta segregación inducida por los religiosos, los chichimecas no serían en general elementos constitutivos de la sociedad implantada en el norte novohispano, si bien su sola existencia fue importantísimo factor condicionante del proceso formativo de dicha sociedad.

### *El establecimiento de la gobernación de la Florida*

El avance de la colonización por el interior del macizo continental despertó en los círculos oficiales expectativas de que, rotos los diques de la antigua frontera mesoamericana, el proceso de ocupación de nuevos territorios continuara en la medida en que se lo fuera impulsando. Tanto fue así que Luis de Velasco, segundo virrey de la Nueva España, tomó, con la anuencia real, la iniciativa de mandar a Tristán de Luna y Arellano con una flota para que buscara por el Atlántico el Estrecho de los Bacalaos —que supuestamente comunicaba los dos océanos— y poblara luego la Florida, hasta donde se esperaba que algún día se extendiera el virreinato novohispano. El comisionado hizo el viaje en 1560, tocó las costas de Florida, pero no pobló. Sin embargo, con ese fallido viaje se había reactivado la suspendida empresa de penetración

<sup>39</sup> J. Arlegui, *Crónica de la provincia...*, p. 21-23.

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 27-28.

en esa parte del continente, tanto que muy pronto se tuvo un candidato para dirigir una nueva expedición colonizadora a las tierras descubiertas más de medio siglo antes por Juan Ponce de León. El candidato fue Pedro Menéndez de Avilés.

De la importancia que tenía el asunto para la Corona española hablan la elección misma del jefe de la expedición —un asturiano con un importante historial militar y fama de hombre enérgico— y las estrictas recomendaciones que a él se le hicieron en la capitulación respectiva, entre las que cabe destacar la obligación de introducir en la Florida seiscientos hombres que fueran en su mayor parte “labradores y menestrales”.<sup>41</sup>

Menéndez de Avilés fue nombrado gobernador y adelantado de la Florida y se le previno que estableciera su gobernación entre el río Pánuco y la Punta de los Bacalaos a lo largo de doscientas leguas de costa, lo cual indica que todavía no se tenían muy claras las extensiones de los territorios de esa parte del continente y la ubicación de los mencionados puntos de referencia. Al interés ya existente por colonizar la Florida se agregó un factor político de apremio cuando se recibió la noticia de que los franceses habían fundado dos establecimientos en las costas orientales de la Florida, de donde Menéndez de Avilés debería expulsarlos sin miramientos. Compuesto su contingente por más de mil hombres, la expedición salió de España en 1565.

Los franceses se habían instalado efectivamente en dos sitios, Charlefort y Port Royal, por iniciativa y con el apoyo del almirante de Francia, Gaspar de Coligny, quien mandó primero a un grupo de hugonotes encabezado por Jean Ribault, y luego, con otros colonos, a Renato de Laudonnière. A tales grupos los combatió el jefe español conforme a las instrucciones que tenía y, una vez que los derrotó, ordenó que los ya vencidos defensores de los fuertes fueran degollados. Con esto quedó dueño de la situación y, para permanecer allí y defender el poblamiento de cualquier amenaza interna o externa, se fortificó en varios sitios: San Agustín, San Mateo y San Felipe.<sup>42</sup>

En cuanto a la expansión local, poco fue lo que se logró hacer en un principio. Hubo dificultades para retener a los colonos que, aun cuando se hubieran registrado como labradores, pretendieron irse al ver que no se obtenían allí las proverbiales riquezas indianas. Con los indios se tuvieron encuentros amistosos, pero también violentos. Algunos religiosos jesuitas que participaron en la entrada quisieron

<sup>41</sup> Citada por Alfonso Camín, *El adelantado de la Florida Pedro Menéndez de Avilés*, México, Revista Norte, 1944, p. 124.

<sup>42</sup> Gregory Joseph Keegan y Leandro Tormo Sanz, *Experiencia misionera en la Florida, siglos XVI y XVII*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1957, p. 181.

de buenas a primeras evangelizar a aquellos naturales que, por cierto, no tenían asentamientos estables. No sólo se quedó la tarea evangelizadora en la pura intención, sino que esa experiencia resultó fatal para los jesuitas, pues buen número de ellos murió allí a manos de los indios. El siguiente grupo de religiosos que pasó a la Florida fue de franciscanos.<sup>43</sup>

Replegada en la franja costera, la colonia fue apoyada desde Cuba con víveres y pertrechos. No se unió con el virreinato novohispano, del que quedó muy separada, pero fue ya un firme establecimiento de España en aquella región.

### *Estado de la frontera y tendencias expansivas hacia 1570-1590*

Hemos podido ver cómo los impulsos expansionistas que movían a los españoles llevaron a éstos, después de una serie de tentativas fallidas, a abrir nuevos campos de colonización en el subcontinente de Norteamérica. Avanzó la colonización por dos ámbitos geográficamente separados entre sí: el norte central de México y la Florida. Aparte de otras muchas diferencias que pudieran señalarse, entre ellas la que se refiere a la magnitud del avance, conviene considerar que fueron distintas las condiciones en que se inició cada uno de estos movimientos expansivos. En un caso, el factor desencadenante fue el descubrimiento de yacimientos de plata, mientras que en el otro obró como factor decisivo el interés de la Corona española por ocupar una zona a la que se le concedió un particular valor estratégico. Sin un impulso colectivo de las proporciones y la naturaleza del que se dio en el norte de la Nueva España, la ocupación de la Florida tuvo un carácter puramente local y, de hecho, muy limitada fue su ulterior expansión territorial. En cambio, la otra área de colonización, la del norte central de México, mantuvo su dinámica de expansión y esto hizo que las fronteras septentrionales de la Nueva España continuaran desplazándose en varias direcciones.

Hacia el año de 1578 o poco antes se inició la ocupación de la región de Saltillo, cuyo desarrollo fue esencialmente agrícola. Se empezó así a avanzar hacia el oriente de la Nueva Vizcaya. Poco después, al iniciarse la siguiente década, fue fundada una nueva gobernación norteña, el Nuevo Reino de León, establecida en territorios donde no había minerales de consideración, pero sí grandes posibilidades para la práctica de la ganadería extensiva. Más al oriente, en la región del Pánuco, la frontera se mantuvo estacionaria.

<sup>43</sup> Sobre las actividades de religiosos en la Florida, *vid., ibid., passim*.

También hacia el norte se orientaron los movimientos expansivos, incluso hacia el norte lejano. La experiencia tenida desde que fueron descubiertas las minas de Zacatecas hacía esperar que por el altiplano central siguieran apareciendo las vetas de plata aún más allá de Santa Bárbara. Pero no menos que esta posibilidad, a la postre confirmada, la idea de que más al norte se hallarían pueblos parecidos a los del México central estimuló poderosamente el ánimo expansionista, sobre todo de aquellos que ya se hallaban en las zonas de frontera. Las fantasías geográficas alentaron a no pocos buscadores de riquezas y cabe decir que, no obstante los resultados que tuvo la expedición de Vázquez de Coronado, persistió el interés de pasar a las provincias de Cibola y Quivira, lugares con los que la imaginación popular asoció varios mitos de origen europeo y mesoamericano, como el de las siete episcopales ciudades de la Antilia o el de las siete cuevas de Chicomóztoc.

En el norte lejano se ubicaron también el Gran Tehuayo, el estrecho y el reino de Anián, la laguna de Copala, el reino del rey Coronado y otros muchos sitios imaginarios que sólo el tiempo y el avance efectivo de la colonización harían desaparecer. Justamente cuando estaba por terminar el siglo y bajo el estímulo de este tipo de ficciones, los españoles volverían a llegar a las tierras de los indios pueblos, donde en 1599 quedó fundado el reino de Nuevo México.

Por el corredor costero del Pacífico se había detenido la expansión en la zona terminal de Mesoamérica. La última provincia establecida en esa parte, fundada por Francisco de Ibarra y, por ello, agregada a la Nueva Vizcaya, era la de Sinaloa, que se extendía a la sazón del río Mocorito al Zuaque (llamado luego río Fuerte), provincia que todavía en 1590 registraba un muy escaso poblamiento español. En su vecindad septentrional había algunos grupos indígenas que eran cazadores-recolectores, pero también otros iniciados en las prácticas agrícolas: los cahitas.

No los colonos de Sinaloa sino los misioneros jesuitas harían avanzar allí la colonización en la última década del siglo. La expansión hacia California tardaría más de una centuria en hacerse efectiva.